



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
VILMA HERRERA MADRIZ

San José — Costa Rica

Sumario:

Máximas Populares	1
¡Buen Viaje!	2
La vieja y su chivo	3
El guanacasteco y su caballo	7
Castilla	8
Meñique	10
Página de los niños	15
Palomita de la Playa	16

JUNIO 1953

NUMERO 11

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

¡Buen Viaje!

Con la mitad de un periódico
hice un buque de papel,
y en la fuente de mi casa
va navegando muy bien.

Mi hermana con su abanico
sopla que sopla sobre él.
¡Muy buen viaje, muy buen viaje,
buquecito de papel!

Amado Nervo.



La Vieja y su Chivo

Sucedió que una viejita al barrer su casa encontró un diez medio arrugado.

—¿Qué haré con este diez?—se preguntó.

—Pues voy a ir al mercado y me compraré un chivito.

Fué al mercado y compró un chivito, pero al volver a casa encontró una cerca y el animal no quiso saltarla. Lo dejó allí y se fué sola por el camino. Encontró un perro y le dijo:

—Perro, muerde mi chivito porque no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero el perro no quiso ir a morder al chivito. Un poco más allá encontró un palo. Ella le dijo:

—Palo, ve a pegarle al perro porque no quiere morder al chivito que no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero el palo no quiso ir a pegar al perro. Un poco más allá encontró una fogata. Ella le dijo:

—Fogata, ve y quema al palo porque no quiere pegar al perro que no quiere morder al chivito que no quiere saltar la cerca y

entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa. Pero la fogata no quiso ir a quemar el palo.

Un poco más allá encontró un poco de agua. Ella le dijo:

—Agua, ve a apagar la fogata porque no quiere quemar el palo que no quiere pegar al perro que no quiere morder al chivito que no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero el agua no quiso ir a apagar la fogata.

Un poco más allá encontró un ternero. Ella le dijo:

—Ternero, ve a beberte el agua porque no quiere apagar la fogata que no quiere quemar el palo que no quiere pegar al perro que no quiere morder el chivito que no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero el ternero no quiso ir a beberse el agua.

Un poco más allá encontró un carnicero. Ella le dijo:

—Carnicero, ve a matar al ternero porque no quiere beberse el agua que no quiere apagar la fogata que no quiere quemar el palo que no quiere pegar al perro que no quiere morder al chivito que no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero el carnicero no quiso matar al ternero.

Un poco más allá encontró unas varas de mecate. Ella le dijo:

—Mecate, ve a ahorcar al carnicero porque no quiere matar al ternero que no quiere beberse el agua que no quiere apagar la fogata que no quiere quemar el palo que no quiere pegar al perro que no quiere morder al chivito que no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero la cuerda no quiso ahorcar al carnicero.

Un poco más allá encontró una rata. Ella le dijo:

—Rata, ve a roer la cuerda porque no quiere ahorcar al carnicero que no quiere matar al ternero que no quiere beberse el agua que no quiere apagar la fogata que no quiere quemar el palo que

no quiere pegar al perro que no quiere morder al chivito que no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero la rata no quiso roer la cuerda.

Un poco más allá encontró un gato. Ella le dijo:

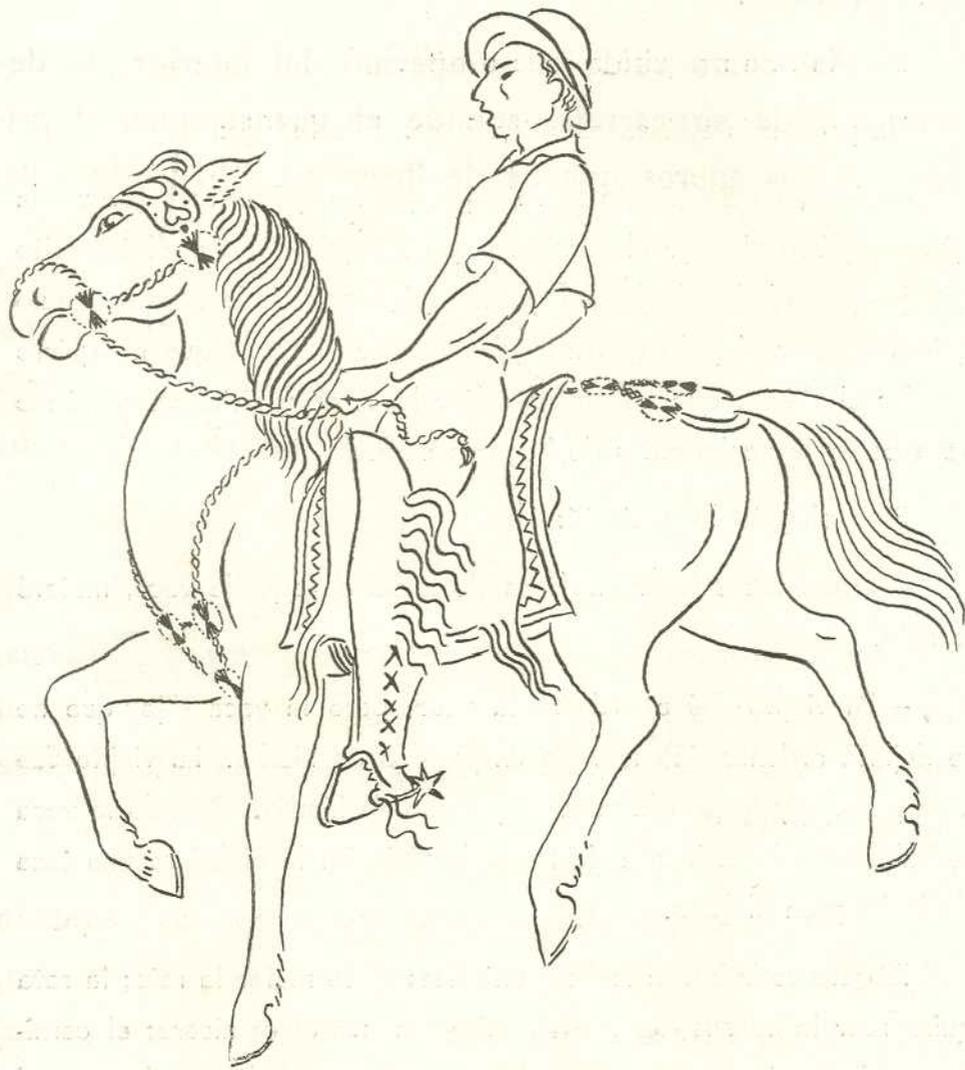
—Gato, ve a comerte la rata porque no quiere roer la cuerda que no quiere ahorcar al carnicero que no quiere matar al ternerito que no quiere beberse el agua que no quiere apagar la fogata que no quiere quemar el palo que no quiere pegar al perro que no quiere morder al chivito que no quiere saltar la cerca y entonces a mí me va a coger la noche antes de llegar a casa.

Pero el gato le contestó:

—Si me vas a traer una taza de leche de aquella vaca, mataré la rata.

—La viejita fué a ordeñar la vaca, pero la vaca dijo que no se dejaría ordeñar sino le traía un puñado de hierba. La viejita fué a un potrero y trajo a la vaca un puñado de hierba. Cuando la vaca se hubo comido la hierba dejó que la viejecita le ordeñara una taza de leche para el gato.

El gato se bebió la leche y entonces quiso matar la rata; la rata quiso roer la cuerda; la cuerda quiso ahorcar al carnicero; el carnicero quiso matar al ternerito; el ternerito quiso beberse el agua; el agua quiso apagar la fogata; la fogata quiso quemar el palo; el palo quiso pegar al perro; el perro quiso morder al chivito y el chivito saltó entonces la cerca y la viejecita pudo llegar a su casa antes de que le cogiera la noche.



EL GUANACASTECO Y SU CABALLO

ESánchez, Juan Manuel

El guanacasteco y su caballo

Así como cuida el campesino del interior, la decoración de su carreta, atiende el guanacasteco al primor de los aperos que ha de llevar su caballo de silla.

La jáquima, la pechera y la grupera llevan tejidos de cáñamo, borlas, rosetas de crin negra y blanca. En la cabeza es frecuente colocar el "tapa-ojo" o "tapajo", pieza de cuero sobre la frente, de contornos graciosos y con adornos de colores.

La albarda, que es la montura más usada, es fino trabajo de talabartería, y es corriente ponerle encima, para que sea más suave y para lucimiento, la zalea o pellón de crín, o una flexible piel de venado que se llama "vaqueta".

Todos estos objetos están ejecutados con cuidado y gracia, que revelan la habilidad manual guanacasteca, así como la simpatía con que el hombre trata a su cabalgadura, tan útil en las grandes llanadas de la provincia, y tan lucida en los días de fiesta, cuando se lleva la compañera "a la polca", "caracoleando" en las esquinas, junto a los almendros y las marimbas...

Castilla

Manuel Machado

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo.
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.

Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.
—“Buen Cid, pasad... El Rey nos dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de venturas...
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!”.

Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: “¡En marcha!”

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, calor y hierro—, el Cid cabalga.



Meñique

(Continuación)

IV

El rey no pudo dormir aquella noche. No era el agradecimiento lo que le tenía despierto, sino el disgusto de casar a su hija con aquel picolín que cabía en una bota de su padre. Como buen rey que era, ya no quería cumplir lo que prometió; y le estaban zumbando en los oídos las palabras del marqués Meñique: «Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, rey».

Mandó el rey a buscar a Pedro y a Pablo, porque ellos no más le podían decir quiénes eran los padres de Meñique, y si era Meñique persona de buen carácter y de modales finos, como quieren los suegros que sean los yernos, porque la vida sin cortesía es más amarga que la cuasia y que la retama. Pedro dijo de Meñique muchas cosas buenas, que pusieron al rey de mal humor; pero Pablo dejó al rey muy contento, porque le dijo que el marqués era un pedante aventurero, un trasto con bigotes, una uña venenosa, un garbanzo lleno de ambición, indigno de casarse con señora tan principal como la hija del gran rey que le había hecho la honra de cortarle las orejas: «Es tan vano ese macacuelo—dijo Pablo—que se cree capaz de pelear con un gigante. Por aquí cerca hay uno que tiene muerta de miedo a la gente del campo, porque se les lleva

para sus festines todas sus ovejas y sus vacas. Y Meñique no se cansa de decir que él puede echarse al gigante de criado».

—Eso es lo que vamos a ver—dijo el rey satisfecho.

Y durmió muy tranquilo lo que le faltaba de la noche.

Y dicen que sonreía en sueños, como si estuviera pensando en algo agradable.

En cuanto salió el sol, el rey hizo llamar a Meñique delante de toda su corte. Y vino Meñique fresco como la mañana, risueño como el cielo, galán como una flor.

—Yerno querido—dijo el rey:—un hombre de tu honradez no puede casarse con una mujer tan rica como la princesa, sin ponerle casa grande, con criados que le sirvan como se debe servir en el palacio real. En este bosque hay un gigante de veinte pies de alto, que se almuerza un buey entero, y cuando tiene sed al mediodía se bebe un melonar. Figúrate qué hermoso criado no hará ese gigante con un sombrero de tres picos, una casaca galoneada con charreteras de oro, y una alabarda de quince pies. Ese es el regalo que te pide mi hija antes de decidirse a casarse contigo.

—No es cosa fácil—respondió Meñique,—pero trataré de regalarle el gigante, para que le sirva de criado, con su alabarda de quince pies, y su sombrero de tres picos, y su casaca con charreteras de oro.

Se fué a la cocina; metió en el gran saco de cuero el hacha encantada, un pan fresco, un pedazo de queso y un cuchillo: se echó el saco a la espalda, y salió andando por el bosque, mientras Pedro lloraba, y Pablo reía, pensando en que no volvería nunca su hermano del bosque del gigante.

En el bosque era tan alta la yerba que Meñique no alcanzaba a ver, y se puso a gritar a voz en cuello: «¡Eh, gigante, gigante! ¿dónde anda el gigante? Aquí está Meñique, que viene a llevarse al gigante muerto o vivo».

Y aquí estoy yo—dijo el gigante, con un vocerrón que hizo encogerse a los árboles de miedo,—aquí estoy yo, que vengo a tragarte de un bocado.

—No estés tan de prisa, amigo—dijo Meñique, con una vocecita de flautín,—no estés tan de prisa, que yo tengo una hora para hablar contigo.

Y el gigante volvía a todos lados la cabeza, sin saber quien le hablaba, hasta que se le ocurrió bajar los ojos, y allá abajo, pequeñito como un pitirré, vió a Meñique sentado en un tronco, con el gran saco de cuero entre las rodillas.

—¿Eres tú, grandísimo pícaro, el que me has quitado el sueño?—dijo el gigante, comiéndoselo con los ojos que parecían llamas.

—Yo soy, amigo, yo soy, que vengo a que seas criado mío.

—Con la punta del dedo te voy a cortar alfa arriba, en el nido del cuervo, para que te saque los ojos en castigo de haber entrado sin licencia en mi bosque.

—No estés tan de prisa, amigo, que este bosque es tan mío como tuyo; y si dices una palabra más, te lo echo abajo en un cuarto de hora.

—Eso quisiera ver—dijo el gigantón.

Meñique sacó su hacha, y le dijo: «Corta, hacha, corta»

Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó ramas, cercenó troncos, arrancó raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y los árboles caían sobre el gigante como cae el granizo sobre los vidrios en el temporal.

—Para, para—dijo asustado el gigante,—¿quién eres tú, que puedes echarme abajo mi bosque?

—Soy el gran hechicero Meñique, y con una palabra que le diga a mi hacha te corta la cabeza. Tú no sabes con quién estás hablando. ¡Quieto donde estás!

Y el gigante se quedó quieto, con las manos a los lados, mientras Meñique abría su gran saco de cuero, y comía su queso y su pan.

—¿Qué es eso blanco que comes?—pregunto el gigante, que nunca había visto queso.

—Piedras como no más, y por eso soy más fuerte que tú, que comes la carne que engorda. Soy más fuerte que tú. Enséñame tu casa.

Y el gigante, manso como un perro, echó a andar por delante, hasta que llegó a una casa enorme, con una puerta donde cabía un barco de tres palos, y un balcón como un teatro vacío.

—Oye—le dijo Meñique al gigante:—uno de los dos tiene que ser amo del otro. Vamos a hacer un trato. Si yo no puedo hacer lo que tú hagas, yo seré criado tuyo; si tú no puedes hacer lo que haga yo, tú serás mi criado.

—Trato hecho—dijo el gigante:—me gustaría tener de criado a un hombre como tú, porque me cansa pensar, y tú tienes cabeza para dos. Vaya pues; ahí están mis dos cubos; ve a traerme el agua para la comida.

Meñique levantó la cabeza y vió los dos cubos, que eran como dos tanques, de diez pies de alto, y seis pies de un borde a otro. Más fácil le era a Meñique ahogarse en aquellos cubos que cargarlos.

—¡Hola!—dijo el gigante, abriendo la boca terrible;—a la primera ya estás vencido. Haz lo que yo hago, amigo, y cárgame el agua.

—¿Y para qué la he de cargar?—dijo Meñique. Carga tú, que eres bestia de carga. Yo iré donde está el arroyo, y lo traeré en brazos, y te llenaré los cubos, y tendrás tu agua.

—No, no—dijo el gigante,—que ya me dejaste el bosque sin árboles, y ahora me vas a dejar sin agua que beber. Enciende el fuego, que yo traeré el agua.

Meñique encendió el fuego, y en el caldero que colgaba del techo fué echando el gigante un buey entero, cortado en pedazos y una carga de nabos, y cuatro cestos de zanahorias, y cincuenta coles. Y de tiempo en tiempo espumaba el guiso con una sartén, y lo probaba, y le echaba sal y tomillo, hasta que lo encontró bueno.

—A la mesa, que ya está la comida—dijo el gigante:—y a ver si haces lo que hago yo, que me voy a comer todo este buey y te voy a comer a ti de postre.

—Éstá bien, amigo—dijo Meñique. Pero antes de sentarse se metió debajo de la chaqueta, la boca de su gran saco de cuero, que le llegaba del pescuezo a los pies.

Y el gigante comía y comía, y Meñique no se quedaba atrás, sólo que no echaba en la boca las coles y las zanahorias, y los nabos, y los pedazos del buey, sino en el gran saco de cuero.

—¡Uf! ya no puedo comer más!—dijo el gigante;—tengo que sacarme un botón del chaleco.

—Pues, mírame a mí, gigante infeliz—dijo Meñique, y se echó una col entera en el saco.

—¡Uha!—dijo el gigante:—tengo que sacarme otro botón. ¡Qué estómago de avestruz tiene este hombrecito! Bien se ve que estás hecho para comer piedras.

—Anda, perezoso—dijo Meñique:—come como yo—y se echó en el saco un gran trozo de buey.

—¡Paff!—dijo el gigante:—se me saltó el tercer botón; ya no me cabe un chicharo, ¿cómo te va a tí, hechicero?

—¿A mí?—dijo Meñique—no hay cosa más fácil que hacer un poco de lugar.

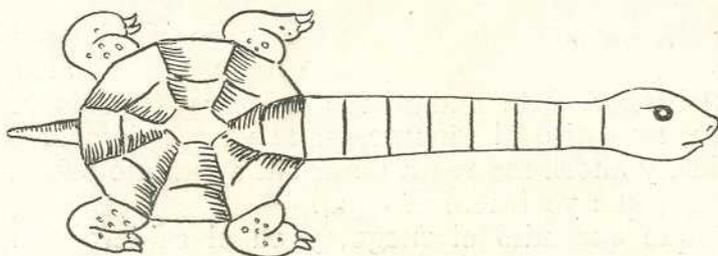
Y se abrió con un cuchillo de arriba abajo la chaqueta y el gran saco de cuero.

Ahora te toca a tí—dijo Meñique;—haz lo que yo hago.

—Muchas gracias—dijo el gigante.—Prefiero ser tu criado. Yo no puedo digerir las piedras.

Besó el gigante la mano de Meñique en señal de respeto, se lo sentó en el hombro derecho, se echó al izquierdo un saco lleno de monedas de oro, y salió andando por el camino del palacio.

(Continuará)



LA TORTUGA QUE SE MUEVE

Traslade el dibujo a otro papel, recorte la tortuga, doble las patas hacia abajo y el cuello en esta forma VVVVVVVV. Sostenga el cuerpo con una mano y verá como la cabeza se mueve.

ADIVINANZAS

Sombrero sobre sombrero,
sombrero de rico paño,
al que me lo adivinare
de plazo le doy un año.

Ventana sobre ventana,
sobre ventana balcón,
sobre el balcón una dama,
sobre la dama una flor.

Solución a las adivinanzas del no. 10

1. La letra O.
2. El ruido.

A LOS MAESTROS:

En la Librería Atenea está a la venta el 1er. Tomo del libro

"Album Escolar Costarricense"

*que contiene muy valioso material para la celebración
de fiestas escolares.*

Seleccionado por don GUILLERMO SOLERA



AGUANDO EL GANADO EN EL RÍO TEMPISQUE

Emanuel Ramirez.—II Grado
Escuela de Filadelfia.—1952.

LAS TRES GOTITAS DE AGUA

Juntitas las tres,
tres gotitas de agua
seguid caminando
que yo os seguiré.

Juntitas en ronda
jagando ellas van
camino hacia un río
alegres irán.

En un lindo río
nadando ya están
las tres muy sonrientes
bien sabea nadar.

Ellas dentro de poco
al mar llegarán
y a jugar con las olas,
¿se divertirán?

Virginia Flory Hernández.—IV Grado.
Escuela Braulio Morales.—Heredia.



PALOMITA EN LA PLAYA

A la orilla del mar
canta una paloma;
dulcemente canta,
tristemente llora,
dulcemente canta
la blanca paloma:
se van los pichones
y la dejan sola.

Anónimo.